



DIRECTORA: ANGELA GRASSI

Núm. 38. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Octubre 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		Haciendo la suscripción por medio de los Correos.	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.		Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,50 pesetas.
Seis meses... 15,50 »	Seis meses... 18,50 »	Seis meses... 9,50 »	Seis meses... 11,50 »	Seis meses... 7,00 »		Provincias: Tres meses, 5,00 id.	Provincias: Tres meses, 4,50 id.
Tres meses... 8,00 »	Tres meses... 9,50 »	Tres meses... 5,00 »	Tres meses... 6,00 »	Tres meses... 3,50 »			
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »			

SUMARIO.

La Tempestad, por la Condesa de Araceli. — Amante, inconfeso y mártir, por Teodosio Vesteiro y Torres. — Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — La Momia de Santa Eulalia, por Robustiana Armijo de Cuesta. — Kia-Kin, Emperador de China, por Gerardo Lopez. — El Eucaliptus, por Vicente Cuenca. — El amor filial, por Angela Grassi. — Los tres amigos, por Bernardo Aparicio. — Explicación del figurin. — Variedades. — Correspondencia. — Charada. — Anuncios. — Grabados. — La Tempestad. — Kia-Kin, Emperador de China. — La Abuela. — Cuadros campestres. — Rodaja para sacar patrones.

LA TEMPESTAD.

¡Hé ahí á la nave que juguete de las embravecidas olas ya sube hasta el cielo, ya desciende hasta el abismo! ¡Hé ahí zozobrando, combatida por los vientos encontrados, y próxima á servir de nuevo trofeo á la divinidad implacable de los mares! Ay! pobre nave! ¡Quizás cuando salió del puerto, el sol naciente doraba sus mástiles con reflejos de oro, la brisa suave acariciaba sus velas y las olas quejumbrosas venían á estrellarse humildemente contra su quilla en señal de vasallaje! ¡Quizás los jactanciosos tripulantes saludaban aquella aurora con cánticos de júbilo, formando mil risueños proyectos para el término del viaje!

¡Qué es lo que ha podido hacer que la noche sucediese repentinamente al día, que la brisa se trocase en huracán y las apacibles olas en rugientes montañas de espuma, que parecen amenazar al mismo firmamento? Nada más que una ligera nubecilla, blanca primero, negra después; que después, agrandándose, dejó escapar de su seno el rayo y los furibundos aquilones.

Ved cómo corren de un lado al otro los míseros tripulantes, convertidos los cánticos de júbilo en ayes lastimeros, convertida la orgullosa jactancia en amargura y desaliento. Ay! tristes! ciegos por las tinieblas, trémulos por el espanto, ni aún aciertan con la maniobra y van y vienen en confuso tropel, lanzando gritos desesperados que se pierden entre los mugidos del viento y de las aguas.

Solo la pequeña aguja imantada, oculta en el camarote parece indiferente á esta escena horrible, y tranquila, segura, inmutable, á pesar de las sacudidas y vaivenes de

la nave, vuelve sin cesar su punta al Norte, marcando el derrotero que conduce al puerto.

Jovencillas, hermanas mías, quizás vosotras también en vuestra risueña primavera, iluminadas por los rayos del sol del amor, acariciadas por el aura de las bellas y castas ilusiones, habreis entrado en el revuelto piélago del mundo con el corazón henchido de júbilo y esperanza, y sin cuidaros de que pueda asomar en vuestro horizonte la blanca nubecilla precursora de la tormenta.



LA TEMPESTAD.

Deteneos: esperad, antes de lanzaros al mar de las pasiones, antes de emprender el peligroso viaje, aseguraos bien de que se halla oculta en vuestro corazón la brújula salvadora, que cualquiera que sea la fuerza del huracán, cualquiera la dirección en que os arrojen las ondas embravecidas, sabrá indicaros las sendas que conducen al Sagrario eterno.

Jovencillas, hermanas mías, esta brújula es la fe, la sacrosanta fe, don preciado de Dios y purísima esencia de sí mismo.

Como las antiguas vestales, procurad mantener y avivar su llama bienhechora, que si ella brilla en vuestros corazones, podreis desafiar con ánimo sereno las deshechas borrascas de la vida.

LA CONDESA DE ARACELI.

AMANTE, INCONFESO Y MÁRTIR.

I.

Acababa de cumplir 20 años.

Tenia concluidos los estudios de una facultad, y á la satisfacción de terminar mi carrera debía unir la de hallarme en la edad más risueña de la vida.

No era así, sin embargo.

Educado en la soledad, sin otra atmósfera que la cátedra y la biblioteca, rico de ciencia y erudición, y nutrido en las abstracciones de la filosofía, guardaba en mi pecho un corazón virgen, que, por extraña paradoja, había latido por todo lo ideal y no conocía ni un sentimiento de la existencia práctica.

Nuevo Matusalen del Diabolo Mundo antes de convertirse en el Adán del siglo, yo era un joven hábil sin la experiencia del viejo.

Había anatómizado á Dios, y nada de particular tenía que anatomizar á todos los seres.

No me faltaba talento ni imaginación: hubiera podido ser un sabio ó un artista, pero hube de quedarme contento con ser necio y vulgo.

La metafísica me había mostrado que la sola luz radicaba en el Ente Infinito, y la ética me dictaba que todo lo humano era

polvo, miseria, humo y nada.

Mis compañeros ostentaban rubicundo semblante de salud y alegría. Y la mayor parte de las gentes me preguntaban á mí:

—¿Qué tienes?

Como si yo tuviera algo. Mi mal consistía en no tener nada en el alma, á no ser verdades desconsoladoras, principios venenosos de la filosofía más escéptica.

En resumen: yo era un tonto de capirote.

II.

En tal estado de patología, que hace recordar aquello de Espronceda:

"aquí para vivir en santa calma
ó sobra la materia ó sobra el alma,"

vi ¡oh desdicha! una mujer.

Ya no me acuerdo cómo se llamaba; pero me acuerdo que era una mujer sin par, porque he visto mujeres de todas razas, países, tamaños y caracteres, y no he visto mujer como aquella.

La casualidad nos hizo amigos, y lo primero que nos ocupó fué el estudiar mutuamente nuestras fisonomías.

Yo le decía á ella:

—Adivino la virtud en tus colores, la esperanza en tu sonrisa, en tus pupilas la fiebre.

Ella me decía á mí:

—Leo la duda en tus labios, el dolor en tus ojos, en tu frente el orgullo.

Ambos teníamos razon.

Cuando aquella niña hablaba, yo veía horizontes de rosa, cielos de oro, un piélago de venturas sin límite y sin fin.

Yo, el alumno sobresaliente de los colegios, me encontraba avergonzado ante una criatura, radiante de belleza y de inspiración, que me describía mundos jamás conocidos.

La admiré.

Creció la confianza, y gracias á ella, me cabía la suerte de arrojar sobre sus sueños de dicha el manto de hielo de mi razon.

Nunca me trató con desvío. Fruncía sus hermosas cejas, y en una ocasión me dijo:

—Tu criterio es inexorable. No debes sentir ni padecer.

Al oír esto, se obró en mí una reacción tan fuerte, que cogiendo una de sus manos la apliqué á mi pecho para que ella comprendiese que yo sentía y padecía algo.

Me miró, se sonrió, y repuso casi á mi oído:

—De veras?

III.

Qué noche, Dios mío, qué noche siguió á aquel día!

Me golpeaba el pecho como San Jerónimo, enamorado (yo, no el santo) de una criatura de la tierra.

Hoy comprendo que era un ángel, y bajo tal punto de vista, se disculpaba la pasión del metafísico. Pero como entonces me había entrado el amor por los ojos, yo, moralista de la escuela de Cóncepción, no podía transigir con un afecto ruin, miserable, indigno de la hechura de Dios.

Acostumbrado como estaba á ahogar en mí todos los movimientos del alma, hice el voto de sofocar mi amor, aunque en ello me fuera la misma vida.

Cuando nos volvimos á ver, ella estaba pálida y melancólica, ni más ni menos que yo.

—Quiéres confirmarme tus penas?—le pregunté con inmenso afán.

—Son infinitas—me contestó.

Sentí por aquella mujer una ternura inefable; pero al instante el frío axioma de la filosofía dominó en mi mente, y murmuré con voz sorda:

—Solo Dios es infinito.

Ella se irguió con altivez, y entre el despecho y el dolor, prorumpió con acento firme:

—Tengo más fe que tú, y veo que no tienes corazón.

IV.

Saber dudar es el principio de la sabiduría, dijo Descartes.

De lo que yo no tenía duda, era de que amaba como un loco.

Pero dudaba que me amasen, y sobre todo que el amor fuese perdurable, en lo cual no iba descaminado.

Luchando horriblemente en mi espíritu, llegué á llorar.

Mi primera lágrima no fué el rocío que vivifica, fué el plomo que escalda; así es que en vez de dar vida al corazón, lo secó.

El por qué es sencillo: era lágrima de la ciencia, no del sentimiento.

Torné á ver á mi amada, y oí de sus labios una cariñosa pregunta:

—Tienes los ojos enrojecidos... ¿Por qué has llorado?

Debí arrojarle á sus pies y confesarle mi pasión. Esto lo pienso hoy. Entonces, orgulloso como nunca, contesté:

—No he llorado.

Aquella mentira me valió un infierno.

—No somos dignos el uno del otro. Yo no sé nada, y tengo el don de los ángeles, el amor. Tú sabes mucho, y no sabes amar: eres un réprobo. Adios!

Estas fueron las últimas palabras que escuché de aquella mujer.

V.

Amante, inconfeso y mártir, todo por obra y gracia exclusivamente mía, fui viviendo como pude y como

supe, sin fe en el alma, sin luz en la inteligencia, sin paz en el corazón, renegando como Job de la vida y como Manrique de la muerte, hasta que, años después de aquella inolvidable época, vino á parar á mis manos un álbum de poesías, y fui invitado á honrarle (esto es, á emborracharle) con mi firma.

Perenne en mi ser la imagen querida de otras auroras, escribí estos versos traduciendo un pensamiento fijo que nunca me abandona:

«Solo Dios es amor. Léjos del suelo,
á Dios volando, la amaré en el cielo.»

Después empecé á revisar hojas, y atónito hube de leer en caracteres tan bellos como conocidos, este parreado:

«Solo Dios es amor, me dijo un hombre;
en Dios le espero al evocar su nombre.»

Bendije mi martirio, cuando esta dulcísima esperanza colmó mi alma de divinos consuelos.

Ni venció la filosofía, ni el amor. Se hermanaron; mas no en la tierra, sí en la gloria.

VI.

Letra por letra, hermosas lectoras del CORREO DE LA MODA (¿qué mujer no tiene algo de bello, tal vez de divino?) he copiado la anterior historia de unos pliegos perdidos, libro de memorias deshecho como se deshacen todos los recuerdos de la vida.

Ello no es cuento. Será muy raro y curioso, esto es, inverosímil; pero no por eso menos cierto.

Para mayor abundamiento, os juro (y perdonad que hable tanto en primera persona), que yo he visto el álbum susodicho, en el cual una mano misteriosa, después de coronar de mirtos (pintados), los versos de él y de ella, escribió á guisa de comentario otros versos de Enrique Heine, vertidos á la lengua de Castilla, por Jaime Clark, que dicen así:

Ambos á dos se querían
sin quererlo confesar;
se miraban con enojos,
y entonces se amaban más.
Se separaron por fin;
solo veíanse al soñar;
habían muerto los dos dos,
y lo ignoraban quizá.

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

Madrid Agosto 1873.

DON GASPAR BONO SERRANO.

POETA ARCADE.

(Continuación).

XXI.

Durante el prolongado y penoso sitio de Bilbao, el Ilmo. Sr. D. Francisco de Paula Guerrero, Teniente Vicario General castrense del ejército del Norte, nombró Secretario suyo de campaña al vate; y lo mismo hizo en Vitoria en el tiempo de que estamos hablando el Subdelegado de Alava D. Manuel García Denia, natural de Granada, hábil dibujante, y muy versado en las ciencias eclesiásticas y amena literatura. Con este motivo, cuando García Denia salió de Vitoria en Diciembre de 1837 con licencia temporal para su país, el agradecido Bono Serrano le dirigió una despedida, de la que vamos á copiar algunos fragmentos.

Por fin ay! decretó la Providencia
Tu partida fatal, amigo caro,
Y llega ya el momento doloroso
De separarte de mis tiernos brazos.
Ni mis palmas al cielo levantadas,
Ni mis ojos en lágrimas bañados,
Ni mis humildes y continuos votos
Detuvieron su curso al tiempo raudo.
Ya asoma triste, pálido, sombrío,
Mi pena con su luto acompañando
El sol que en su cenit ha de alumbrarte
Allá en las vegas del confin lejano.
Dichoso tú, dichoso tú mil veces,
Que dejas estos sitios malhadados,
Palestra de pasiones enconadas,
De la guerra civil fiero teatro.
En estos valles, do sonó algún día
Del ruiseñor el apacible canto,
Retumba hoy del cañon el eco bronco,
Desolación y ruinas anunciando.
Como en oscura y tempestuosa noche
El relumbrante resplandor del rayo
Ilumina la bóveda celeste

Desde el Oriente al contrapuesto ocaso;
Cundió la llama de la atroz Discordia
En el mísero suelo vascongado,
Despareciendo al pavoroso brillo
El amor y la paz vertiendo llanto.
Para atajar el destructor incendio,
Ríos de sangre ibera derramados
Fueron cual débil gota de rocío
Contra volcan que hierve rebramando.
Contempla las montañas convecinas,
El bosque umbrío, los incultos llanos,
Todos, todos, oh Dios! de humanos huesos
A la vista aparecen blanqueados.
Mira las aguas que el país fecundan,
El Vidasoa, el Deva, el Abendaño,
Todos enrojecidos nuestras lides
Al mar publican con murmullo infando.
¿Cuál será la colina, que no ofrezca
Recuerdos melancólicos y aciagos?
Todas son monumentos de la muerte,
Pues todas fueron de batalla campo, etc.

Los mismos sentimientos pacíficos manifestaba el vate desde Santander poco después, en un romancillo dirigido á una respetable y aristocrática señora, en el cumpleaños de la misma. Véase una muestra:

Ojalá nos muestre luego
De frutos la paz benigna
Colmado el seno, y la diestra
De sazonadas espigas.
Entonces ¡oh! de mi Patria
Terminarán las desdichas,
Y yo volveré á mis lares
Y á tu amable compañía.
Hoy al asomar el alba
Anuncióme con su risa
De tu fausto cumpleaños
La venturosa venida.
Gozosa naturaleza
Con su luz pura y divina
Manifestó en gratos himnos
Su entusiasmo y alegría.
Tan solamente mi alma
Quedó en el dolor sumida
Del Guadalupe lejano
Al contemplarte en la orilla;
Mientras mi voz insensibles
Oyen las altas colinas,
Que el ronco mar de Cantabria
Combate con saña impía.
A pesar de sus furores
Y de la lid fratricida,
En esta playa desierta
Resuena mi blanda lira
En loor de la matrona,
Que es de mi patria delicia,
Madre tierna, esposa amante,
Modelo de amistad fina.

La distinguida poetisa catalana doña Josefa Massanés comenzó en 1838 á publicar sus bellísimos versos en los periódicos de Barcelona. Habiendo leído algunos de ellos Bono Serrano en Medina de Pomar, saludó á la dulce cantora con un poemita del que es preciso transcribir algunos metros. Omitiendo los ocho primeros, dice el vate:

En las orillas del Nela,
Felices ¡ay! otro tiempo,
Que no fueron como ahora
Campo de guerra sangriento;
Sonó tu mágico nombre
Aplaudido por los ecos,
Tan dulce como en las penas
La blanda voz del consuelo.
Aquel venturoso anuncio,
Aquel rumor halagüeño,
Volvió la calma perdida
A mi desolado pecho.
Así tras negra tormenta
Respira el pensil ameno,
Cuando cariñosa el aura
Le acaricia con sus besos.
Así arrullado se duerme
En el regazo materno
Cándido niño, que asusta
El estallido del trueno.
De gratitud y entusiasmo
Inflamado por el fuego
Quise entonar una trova,
Dando tu prezo á los vientos.
Mas ay! las doradas cuerdas
No bien pulsaron mis dedos,
Cuando bélico retumba

Del cañon el bronco estruendo.
Lanzó la misera patria
Un quejido lastimero,
Que ahogado fué del combate
Por los clamores horrendos.
El arpa al grito de muerte
Flebil rodó por el suelo,
Tornando á sellar mis labios
De las tumbas el silencio. etc.

En la misma época escribió el Sr. Bono Serrano una breve coleccion de poesías sagradas al Nacimiento de Nuestro Señor Jesu-Cristo, por encargo de las monjas Franciscas de Medina de Pomar, que deseaban cantar villancicos nuevos en la noche de Navidad del año 38. Copiaremos parte de la 5.^a composicion poética de aquella coleccion. Así comienza:

Con ardoroso anhelo
Busque el ciego mortal la plata y oro,
Mientras yo me desvelo
Por tí, Jesús, mi celestial tesoro.
Ni la misma pobreza
Puede encubrir de miserias mantillas
Tu soberana alteza,
Pues como el sol entre celages brillas.
Oh! dulce Jesús mio!
Un albergue te acoge desechado,
Donde al rigor del frio,
Como débil mortal tiemblas helado.
¿Por qué, Esposo benigno,
No te puede ofrecer mi triste pecho
Asilo muy más digno
Que tan cruel desabrigado lecho?
Escucha en desagravio
De ese abandono la plegaria mia,
Y esclamará mi labio:
„Poseo el sumo bien que apetecia.“
Sí, desde este momento
A Dios el brillo seductor del mundo,
Como á la niebla el viento
Lo disipe el olvido más profundo.
De tu amor inefable
Prisionera feliz tu dulce Esposa
Oh! dicha incomparable!
A tus divinos piés vive y reposa.
Como el cedro gallardo
Del solitario Líbano en la altura,
Mira al rastrero cardo
Ocultarse humillado en la espesura;
Ó cual muestra el Carmelo
Entre colinas la gentil cabeza,
Así, gloria del cielo,
Sobresale entre todas tu belleza.
¿A quién, á quién no hechiza
La risa de tus labios celestiales,
Cuando ella patentiza
El perdon á los miseros mortales?
Qué suave es el fuego
De tu entrañable amor! Ries ó lloras,
Si á contemplarte llego,
Siempre, divino Esposo, me enamoras.
Salvador de mi vida,
¿Cuándo, cuándo feliz podré yo verte
En la patria querida
Sin el fatal peligro de perderte!
La cárcel tenebrosa
Ábrase de mi cuerpo en este dia,
Y por siempre tu Esposa
Vivirá en tu adorable compañía.

El Sr. Bono Serrano copió todas estas y otras poesías, que compuso por aquel tiempo, siguiendo al ejército con su batallon, y las envió á su Mentor D. Nicasio Gallego, con una larga carta, en que le decia haber leído poco ántes en Vitoria las obras poéticas de Victor Hugo, Alejandro Dumas, Lamartine, Zorrilla, Duque de Rivas y otros vates románticos. Por toda contestacion, el Maestro remitió á su discípulo el romance siguiente, que acababa de publicarse en un periódico de la Côte:

SU NOMBRE.

JÁCARA ROMÁNTICA.

(Traducción libre de Victor Hugo.)

El olor de la azucena,
La aureola de San Roque,
El postrer rumor del día
Que va huyendo de la noche,
Los lamentos de un amigo
Que el grito en el cielo pone,
La secreta despedida
Del tiempo que toma el tole;
El ruido que forma el beso

De dos tiernos amadores;
La banda que una tormenta
Cuando su furor depone,
Al sol deja por trofeo
De rutilantes colores;
Un acento inesperado
Que el corazon reconoce,
El designio más oculto
Que inocente virgen forme,
El primer sueño de un niño
Entre fajas y andadores,
El cántico de un rosario
Cuando de léjos se oye,
El gemido que Memnon
Daba en los líbicos montes
Al divisar de la aurora
Los indecisos albores;
El murmullo que temblando
Se apaga en el horizonte,
Y en fin, cuanto el mundo todo
Por dulce y grato conoce,
No es para mí, Lira mia,
Tan dulce como su Nombre.
Pronúnciale callandito
Como responso de monge,
Pero en nuestro canto suene
Por mañana, tarde y noche.
Él solo en el templo oscuro
Será nuestro cirio y norte,
Aunque contra alguna esquina
Nos demos de coscorrones.
Él la voz sagrada sea
Que en el altar ó en la torre
Como anuncio de sereno
Un mismo grito pregone.
Más antes, amigos míos,
Que mi Musa se remonte,
Y echando fuego y venablos
Corra sin saber por donde,
Y en sus raptos furibundos
Mezcle tan plácido Nombre,
Con otros que el mundo vano
Orgullosamente encomie,
Olvidando en su delirio
Que como tesoro en cofre
Amor le escondió en mi pecho
Con cien candados de bronce;
Hincad todos la rodilla,
Que han de oírse mis canciones,
Lo mismo que el miserere
Entre sollozos y azotes,
Y heridos por sus acentos
Vibren los aires veloces,
Como si al bajar un ángel
De las etéreas regiones,
Con su aleteo invisible
Nos refrescase el cogote.

J. N. GALLEGO.

Por dos razones muy diversas hemos copiado íntegro este precioso romance. Primera, porque la Academia de la Lengua no lo incluyó en la coleccion de obras poéticas del difunto Gallego, publicadas por aquella respetable Corporacion en 1854. Segunda, porque á esta ingeniosa jácara se debe sin duda el que el vate de Alcañiz no haya *romantiquado* jamás, como decia Mor de Fuentes al gran Quintana, poco aficionado á la nueva escuela literaria, como sucedia tambien á Tapia, Lista y otros prohombres de nuestro siglo.

(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

LA MOMIA DE SANTA EULALIA.

(Continuacion.)

III.

¡Esta noche le mataron
Al caballero!
¡La gala de Medina
La flor de Olmedo!
(Leyenda.)

Apacible y templada como una de las más bellas auras de la primavera era la del 6 de Setiembre de 1820.

Apénas doraba el sol las elevadas crestas que circundan el concejo de Piloña, y las flores cubiertas de rocío se despertaban allá en el fondo de los valles de su profundo sueño.

Todo era vida, movimiento y alegría en el palacio de Santa Eulalia de Inés.

Los criados enjaezaban los caballos, preparaban las escopetas y colmaban las alforjas de succulentos fiambres. Las camaristas corrian aquí y allí en alegre desórden,

riendo, chillando y abrumando á la castellana con encargos de cintas, estampas y *perdones*.

Doña María, acompañada del padre Hilario y de sus dos peatones, emprendia en aquella madrugada la romería de la Virgen de Covadonga, á donde segun la fama debian quemarse en la noche del 7 grandes fuegos artificiales para celebrar la víspera de la fiesta.

Don Mendo, sentado en su gran sillón de baqueta, contemplaba con la mayor indiferencia los alegres preparativos, combinando allá en sus adentros el mejor medio de matar el tiempo en aquellos tres días que debian hacersele tres siglos.

Y á la verdad que nada tendria de extraño semejante cavilacion.

Doña María era la alegría de la casa, la aurora que iluminaba las sombrías paredes del castillo, la vida de Don Mendo que no concebía sin ella la existencia.

Era el sol que se llevaba consigo á todos los satélites, dejando sumido en tinieblas aquella mansion señorial.

Con ella iba el padre Hilario, su consultor, su compañero de ajedrez, el violinista, el que le hacia pasar tan buenos ratos con sus anécdotas de *La Floresta española*.

Con ella iban tambien, aunque en el caballo de San Francisco, los musicantes que sacaban todos los años una *india* de la romería de la Virgen, y por último hasta el cura de la parroquia y el escribano de San Roman, que iban siempre de un lado á otro y que debian reunirse ántes de llegar á Cangas de Onís, histórica y noble villa, donde D. Pelayo fué proclamado rey por los asturianos.

Las siete de la mañana señalaba ya el reloj de palacio cuando la comitiva se puso en marcha.

Siguiendo una costumbre casi tradicional en Asturias, vestia en todas sus peregrinaciones el traje de aldeana rica, llevando siempre el gran quita-sol de percal azul con el que defendia del sol su frente blanca y tersa como un espejo.

Su airoso y lindo traje se componia de una holgada saya de anascote, adornada como el jubon, con dos tiras de terciopelo labrado, y por bajo de la cual asomaba un refajo de grana guarnecido de cinta de seda de arco iris.

Cruzábase sobre el pecho el gracioso dengue ó mantelleta de puntas, negro tambien, colocado artísticamente sobre una *solitaria* (1) de muselina, que dejaba flotar al aire sus rizados faralares.

Sus abundantes cabellos, naturalmente indómitos y ensortijados, asomaban graciosamente bajo su abigarrado pañuelo de seda de la India, anudado sobre la parte posterior de la cabeza.

El traje era rigurosamente campestre, excepto la media blanca de algodón y el zapatito de Madrid, con encarrujados de seda negra que realzaba la belleza de su pié breve y torneado.

El padre Hilario aprovechándose de la tolerancia de aquella época, llevaba siempre á las romerías el traje seglar, que al decir de la señora Pepa le caía de perlas, quitándole de encima diez años por lo ménos.

El padre Hilario vestia un gran balandrán de paño negro que envolvía casi por completo sus piernas embutidas en un estrecho calzon de punto negro, y un tanto picado de polilla.

Cada ginete llevaba delante su peaton, escopeta al hombro, y desafiando con sus piernas desnudas el acompasado trote de la mula y los arranques del potro que montaba Doña María.

Apénas la cabalgata desapareció detrás del primer recodo del camino, D. Mendo, que se habia puesto en pié para cerciorarse de que el sillón de la señora estaba bien seguro, volvió á hundirse de nuevo sombrío y meditabundo en su gran sitial de cuero.

Cansado de recorrer solo los jardines, de cuidar la pajarera, de conversar con Pepe el Carnero y hasta de tocar *La viola de amor* que no le sonaba ya sin el acompañamiento del violin del padre Hilario, nuestro caballero apeló á recorrer las hojas de un gran infolio *Tratado de partos*, sobre el que se durmió tranquilamente hasta la caída de la tarde.

Aquel narcótico era tan eficaz que durante los tres días de soledad y aburrimiento, D. Mendo acudia constantemente á buscar en sus hojas el olvido de las penas, reconociendo como no podia ménos, que el que habia escrito aquel libro era un gran sabio.

Las noches ménos mal: á fin de que se hiciesen más cortas las pasaba en la hospedería rodeado de sus peregrinos, que aquel mes abundaban que era una bendición; oía con gusto sus prosaicas historias, y concluía siempre sentándose á la mesa con el que habia llegado primero y prodigándole los más humildes y solícitos cuidados.

Sin castellana, sin *viola de amor* y sin musicantes reinaba en el palacio de Santa Eulalia un silencio sepul-

(1) *Solitaria*, dengue blanco.

eral, interrumpido únicamente por el zumbido de la señora Pepa que reñía con las camaristas obligándolas á rezar con ella, tres veces al día, su rosario de quince dieces.

Como nada hay eterno en esta vida los tres días pasaron al fin, y D. Mendo Abarca vió volver á Doña María de su escursión á Covadonga más rozagante y más galana que nunca, con su sonrisa, su padre Hilario y sus musicantes, que como hemos dicho ya, constituían el modo de ser del palacio de Santa Eulalia.

El amor es ciego, y D. Mendo, perdidamente enamorado de su mujer, no vió que los arreboles de sus mejillas se habían debilitado, que su risa era ménos franca y leal, y que sus ojos, velados por una dulce melancolía, estaban con frecuencia húmedos é intranquilos. En las últimas horas de la tarde Doña María, devorada por una punzante y dolorosa inquietud, se asomaba cada dos minutos á la ventana, preguntaba á los criados, y hasta se acercaba á la hospedería para enterarse por sí misma de todos los peregrinos que llegaban.

Corría el mes de Noviembre, y las veladas se iban haciendo cada vez más alegres y entretenidas, reinando en ellas una cordialidad y franqueza, que sin apartarse de la etiqueta feudal, tenía mucho de frívolo, y algunas veces hasta de grotesco.

La velada se verificaba siempre en el comedor.

Todos los habitantes del castillo cenaban en invierno á las ocho.

Los señores, el padre Hilario y el primer peregrino que llegaba, en la gran mesa de encina.

Las camaristas, la señora Pepa y Pepe el Carnero, en otra más baja que se colocaba cerca de la puerta del comedor, y por último, en la cocina, en gran mesa redonda, todos los criados, los musicantes y los peregrinos, á los que se les guardaban siempre las mayores distinciones.

En la tarde del 30 de Noviembre, una de las más frías y húmedas del Otoño de 1820, llegó el primero á los hospitalarios muros del palacio de Santa Eulalia un joven y simpático peregrino, cuya notable gallardía y gentil apostura, dejaban adivinar desde luego uno de tantos nobles como en el primer cuarto del siglo XIX se ocultaban todavía bajo el ropon del peregrino para cumplir alguna piadosa oferta ó bien merecida penitencia.

Su rostro varonil y hermoso revelaba ese orgullo natural, compañero inseparable de una raza noble y distinguida, dulcificado por la fascinadora mirada de sus ardientes ojos negros que despedían á lo lejos una luz vivísima.

Su holgado ropon de escamilla de seda negra, si bien ocultaba en parte la regularidad de sus formas, le prestaba mayor nobleza y magestad, completando su lujoso traje de romero el rico bordon de madera fina con abrazaderas de plata y gran fieltro de anchas alas guarnecido de conchas y relicarios.

Su amabilidad, su despejo, sus maneras elegantes, y sobre todo, la persuasión de su lenguaje correcto y apasionado, le conquistaron muy pronto las simpatías de D. Mendo, que prendado de su exquisita galantería, no consintió que permaneciese un solo instante en la hospedería, instalándole desde luego en la sala de juego, donde se hallaba entonces la Señora acompañada del padre Hilario.

Al encontrarse frente á frente con el hermoso desconocido, el rostro de doña María se tornó sucesivamente de mil colores, pasando en pocos minutos desde el color de fuego hasta la palidez azulada, que revela casi siempre violentas y reprimidas emociones.

La escasa luz que había ya entonces hizo que D. Mendo no se apercibiese de tan notable turbación, pero el padre Hilario que sentía nacer las yerbas, notó que la Señora tartamudeaba, y que el Caballero al devolverla su saludo, se llevaba con cierta coquetería la mano al corazón.

Aquella turbación, podía ser por otra parte muy natural, y el limosnero, despues de cavilar algunos instan-

tes, vió desvanecerse toda sospecha ante la seductora elocuencia del peregrino, que le iba ganando poco á poco las voluntades.

La hora de cenar llegó muy pronto, y los señores se trasladaron al comedor acompañados del padre Hilario y del peregrino, que como buen caballero, era el que daba el brazo á la señora.

Bien fuese casualidad ó adivinación, doña María estaba aquella noche ricamente ataviada y más hermosa que nunca.

Su lujoso traje de brocado verde-mar con flores de terciopelo negro estaba ceñido al talle por un cinturón dorado, sujeto con una gran hebilla de diamantes, dejando descubiertos sus hombros y su pecho medio velados por una parlamenta de pieles blancas.

Envolvía sus hermosos cabellos una redecilla de perlas que avanzaba en pico sobre la frente, donde se alzaba guarnecida de blancos y espesísimos encajes una encendida rosa de Alejandría.

Sus brazos blancos y torneados asomaban también por



KIA KIN, EMPERADOR DE CHINA.

entre nubes de encaje, y sobre su pecho elevado como el de una cantatriz, pendía un amuleto de filigrana de oro, donde las principales damas de la nobleza llevaban encerrada la bula de la Santa Cruzada.

Cuando llegaron al comedor, el Pulgarín y su criado que los aguardaban ya, rompieron la orquesta con la marcha real.

Doña María saludó graciosamente á los musicantes, recomendándoles que se esmerasen en agradar al Caballero.

El Pulgarín, correspondiendo á la invitación de la Señora cantó sucesivamente la Atala y el Sepulcro sin arrancar un aplauso, pues el dichoso peregrino había logrado tenerlos á todos encadenados á su elocuencia.

El padre Hilario, sin embargo, no las tenía todas consigo; cuanto más se fijaba en el peregrino, más le atormentaba un vago recuerdo, de que á no ser por la poblada barba negra que le cubría la mitad del rostro se atrevería á jurar que aquella voz y aquella fisonomía no le eran completamente desconocidas.

Como si tuviese empeño en desorientar las sospechas del limosnero, doña María era la que ménos atención prestaba á las historias del romero siendo la única que animaba á los musicantes con su acostumbrado estribillo de:

—Otra! otra!

Y el Pulgarín, alentado con el aplauso de la Señora, rascaba el arco como un desesperado, y el lazarillo hacia rodar la pandereta sobre el pulgar diciendo y haciendo dos ó tres payasadas para dar que reír.

La cena, succulenta y variada en honor de San Andrés,

y amenizada por la seductora elocuencia del peregrino, se hizo aquella noche tres veces más larga que de ordinario, y el Pulgarín, cansado ya de cantar sin que le hiciesen gran caso, tosía, estornudaba y hacia mil aspavientos para llamar la atención de la Señora.

Doña María se sonrió.

—Felipe, dijo á uno de los mozos que servían la mesa; alárgale á Maese Pedro un vaso del de Castilla para que cante *El Fuego de Dios*.

—*El Fuego de Dios*! exclamó el peregrino, prestando por la primera vez atención á los desairados musicantes; veamos! veamos!

Reanimado por aquella exclamación, maese Pedro cantó con toda la fuerza de sus pulmones y acompañándose con el violín y la pandereta una antigua canción, cuyo estribillo era:

Fuego de Dios en el cascabel

Fuego de Dios en los hombres y en él,

Amen, amen, amen!

Amen, amen, amen!

En el momento en que Maese Pedro, entusiasmado, daba los últimos arranques, el peregrino dejó caer al suelo su tenedor de plata.

Don Mendo, según su humilde costumbre, se inclinó sonriendo para recogerle.

Rápido como el relámpago, el peregrino sacó de entre su ropon de seda un agudo puñal, clavándole en la espalda del infeliz Abarca con tan inconcebible ferocidad, que atravesándole el pecho, salió por el costado izquierdo.

Don Mendo cayó exánime sin dar un ay! y anegado en el torrente de sangre que brotaba de la ancha herida.

Cuando el padre Hilario y los dos criados, pasados los primeros momentos de estupor, quisieron arrojar sobre el asesino, este había desaparecido con la hermosa castellana, ganando sin dificultad las escabrosas sendas de la montaña.

IV.

De Doña Luz no se supo,
Quedó el castillo desierto,
Los amigos á otras sombras
Y los criados con ellos.
Desbaratadas las puertas,
El patio de hortigas lleno,
Los blasones corroidos
Por las lluvia y los vientos,
Murallas sin centinela,
Cabras monteses sin dueño.

Palomas que hacía sus torres
Tendeis alegres el vuelo,
Esta desdichada historia
Gemid en arrullos tiernos!

ADOLFO DE CASTRO.

Ardía España envuelta entre los horrores de la guerra civil y la rapacidad de los vencedores, poco satisfecha todavía con el despojo de los vivos, se atrevió á profanar las inviolables mansiones de los muertos.

Desde 1808 hasta 1837, sean cuales fueren los sacudimientos que agitaron la nación española, los muertos durmieron tranquilos en sus tumbas, sin que turbase su sueño el zumbido del cañón ni el clamoreo de las luchas políticas.

La guerra fratricida de los siete años, reproduciendo todo el barbarismo de la francesada, minó la tierra en busca de oro, expulsó de sus sepulcros á los muertos y arrojó despues á la plaza sus desnudos cadáveres.

Como en todas las revoluciones, las primeras víctimas fueron las que dormían en suntuosos lechos de mármol, las que podían haber bajado al sepulcro adornadas de joyas y preseas.

Una de aquellas víctimas fué D. Mendo Abarca; pero su cadáver no fué como tantos otros á caer hecho pedazos en la fosa común.

Despues de diez y seis años, su cadáver, completamente momificado, estaba en un estado perfecto de conservación, manteniéndose aún visibles los bordes de la herida.

En 1850 la momia de D. Mendo Abarca se conservaba todavía en el humilde campanario de una pobre aldea,



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II. 3.

sirviendo de juguete á los muchachos y á los curiosos, y asegurando centenares de personas que en la noche del 30 de Noviembre, la herida brotaba realmente sangre.

De Doña María no se pudo rastrear jamás la menor noticia; pero en 1854, algunos de los que creen como nosotros, en los principios de la justicia eterna, han creído reconocer en el cadáver mutilado, que los pastores hallaron en el fondo de un precipicio, las hermosas facciones de la castellana de Santa Eulalia de Inés.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

KIA-KIN.

EMPERADOR DE CHINA.

Pocos monarcas habrán merecido con mayor justicia que este las bendiciones de su país; pues trataba á sus vasallos como un verdadero padre. Si quizás no fué hábil político rehuyendo todo contacto con los extranjeros podrá tacharse á su talento pero jamás á su corazón, recto, compasivo y bondadoso. Cuarto descendiente de Xan-Chi, primer emperador manchao, que supo con sus virtudes hacer olvidar á los Chinos su origen tártaro, le imitó y aún le sobrepujo en lo morigerado y suave de sus costumbres, en la consideración que otorgaba á los sabios, de quienes gustaba rodearse y en sus incesantes desvelos por el bien público y la prosperidad de la nación.

Su reinado se prolongó desde 1796 hasta 1820, sucediéndole Tao-Kouang; pero su memoria se perpetuará durante los siglos venideros, ilustrada por sus rasgos magníficos de bondad y clemencia.

Cuéntase que durante una sequía permaneció tres días sin beber porque sus vasallos no podían satisfacer esta imperiosa necesidad. A ejemplo de su predecesor Tai-Tsu III, jamás permitió que se cerrasen las puertas de su palacio que miraban á las cuatro partes del mundo, diciendo: quiero que mi casa sea semejante á mi corazón, que está siempre abierto para todos mis vasallos.

Habiendo un infeliz sido condenado á muerte por un delito impremeditado, Kia-Kin ordenó al anciano padre que había ido á implorar la gracia del culpable, que le trajese la mejor magnolia que hubiese florecido en su jardín. Obedeció presuroso el anciano, y el monarca se la entregó al ejecutor de la justicia, diciéndole: corta la cabeza á esta flor para que conste que el delito jamás puede quedar impune, pero devuelve la libertad al reo, ya que Dios me ha concedido la hermosa prerogativa de poder enjugar las lágrimas de un padre desolado.

Se necesitaría un volumen para enumerar todos los rasgos magnánimos de este príncipe, cuya vida se pasó en honrar al talento y á la virtud y en dotar á su país de leyes sabias y humanitarias. Citaremos únicamente como corolario de cuanto acabamos de decir, la sentencia que tenía siempre en sus labios: «el hombre malo y egoísta, es como un estanque seco, que no ofrece al viajero ni una gota de agua refrescante, y acaba por convertirse en cloaca inmundada por fétidos gusanos.»

GERARDO LOPEZ.

EL EUCALYPTUS.

Conocido es de todos los que se ocupan de agricultura los funestos efectos de la corta de árboles, que con tan escasa prevision como sobra de avaricia se está llevan-

do á cabo desde hace no pocos años en nuestra patria.

En todas partes, y sobre todo en el Mediodía de España, los pastos desaparecen apenas apuntan sobre la tierra, devorados por el ganado. Algunos doctos hasta se atreven á asegurar que la raza ovina «ha devorado Grecia y Sicilia.»

Ahora bien, restablecer la proporción entre los recursos de un país y los rebaños que alimenta, son los resultados primeros de la replantación de árboles.

Pero ha llegado por desgracia á ser tan grave el mal y á adquirir tan fatal desarrollo, que es muy difícil esperar remedio. Los árboles que se crían pronto, son de una utilidad tan módica, que el labrador—el hombre más po-

frecuencia y aceptación en las construcciones navales.

Una plantación regular de estos árboles, dicen dos célebres miembros del Instituto de Francia, MM. Decaisne y Naudin, podría rendir en pocos años madera para toda clase de construcciones; especialmente en traviesas de caminos de hierro, producirían una utilidad de 6.000 francos la hectárea.

La causa primordial de este desarrollo prodigioso, debe atribuirse al poder absorbente del Eucalyptus. El 20 de Julio de 1868, dice Trottier, á las seis de la mañana puse una rama de Eucalyptus en un vaso lleno de agua; á las seis de la tarde la rama que pesaba 800 gramos por la mañana, por la tarde pesaba 825, y el agua del vaso había perdido 2.5 kilogramos.

En este poder de absorción y de sus emanaciones balsámicas, radica una de las más preciosas cualidades del Eucalyptus.

Todas las especies de Eucalyptus, dicen Decaisne y Naudin, serían de gran utilidad siempre, aunque no fuera más que para madera de carbon ó leña, aun cuando no gozaran de la preciosa cualidad, como hemos ya dicho, de destruir con sus balsámicas emanaciones los miasmas palúdicos, tan mortíferos en las playas del Mediterráneo y en tantos otros sitios.

No pocos viajeros que han vivido por algún tiempo en Australia, afirman que este continente debe su reconocida salubridad, á las emanaciones de los bosques de Eucalyptus que rodean las llanuras bajas y los valles casi siempre encharcados, ya que no inundados de agua.

El doctor Gimbert, de Cannes, confirma estas observaciones, describiendo minuciosamente los efectos saludables de las emanaciones resinosas de este precioso árbol.

Mr. Emilio de Laveleye, profesor de la Universidad de Lieja, aconseja con eficacia al gobierno italiano plantar Eucalyptus para combatir la *mal'aria* en el *agro romano*, á cuyo suelo húmedo y fértil al mismo tiempo, convendría probablemente el Eucalyptus, el cual como árbol solo de construcción produciría una saneada renta.

Una feliz salubridad, dice Mr. Fernando Papillon

es la herencia de los países en que está difundido este vegetal. Las emanaciones balsámicas que exhala constantemente, perfuman y purifican el aire. Los viajeros y los médicos que han estudiado de cerca su economía fisiológica, están convencidos que se podría emplear con gran utilidad para sanear los países palúdicos en que es endémica la fiebre, no solo modificando la atmósfera, sino aun desecando el suelo é impidiendo el desarrollo de la vegetación acuática que originan los miasmas.

Además del principio amargo que contiene el Eucalyptus, tiene una incontrastable eficacia contra los estados morbosos de las intermitentes, sobre todo contra las fiebres palúdicas, el azote de la Europa meridional. La infusión de Eucalyptus triunfa fácilmente en los casos que resisten al sulfato de quinina.

El aceite volátil que contiene el árbol austral, comunica á las hojas y á la corteza la propiedad, que han vulgarizado dos médicos franceses MM. Gimbert y Gubler: que la esencia del Eucalyptus, temperando la sensibilidad reflejada en la médula espinal, calma las toses y la opresión en muchas enfermedades.

Su acción sobre las mucosas es uno de los grandes recursos de la medicina anti catarral.

Desgraciadamente, las primeras plantaciones llevadas



LA ABUELA.

sitivo del mundo — apenas si se decide á plantar alguna docena. De lo que debe tratarse es de hallar una especie que á una potencia excepcional vegetativa, una todas las cualidades que se encuentran en la madera más estimada.

Este problema — que parece una nueva cuadratura del círculo — ha sido resuelto cuando el P. Ramel trajo á Europa el Eucalyptus.

Este mirtáceo gigantesco, es originario de la Tasmania y de la Australia: casi puede decirse que viene de los antípodas. El *Eucalyptus globulus* (el *blue gum* de los ingleses), alcanza algunas veces 100 metros de altura, con un grosor proporcional. En los primeros años crece con una rapidez, que los plantados por D. Fernando en los magníficos jardines de Cintra, se han desarrollado hasta cuatro y cinco metros por año.

Un Eucalyptus sembrado en Hyeres en 1859, tenía en 1871, 20 metros de altura y 2,20 de circunferencia á 0,40 del suelo.

A los siete y ocho años, puede ya el Eucalyptus presentar vigas tan resistentes, que los ingleses se sirven de él para los mismos usos que la célebre madera de *teak* (1) (*tectona grandis*), por cuya razón la emplean con

(1) Especie de madera más dura que el roble, que se cria en las Indias orientales.

